

LA EXPOSICION DEL CANADA

J u d e x.

Todos estos meses —de Julio a Octubre— estará abierta la “Expo 67”, como la llaman sus organizadores. El número de visitantes ha ido creciendo desde su inauguración a comienzos del pasado Mayo y cuantos la han visitado se hacen lenguas de sus artísticos pabellones y de su exacta organización. En nuestra portada encontrará el lector unas cuantas vistas de ella.

La Oficina de Exposiciones Internacionales la ha calificado como “Universal e Internacional” de primera clase, la primera de tal mérito que ha habido jamás en nuestro Hemisferio. Europa tuvo una después de la guerra, la de Bruselas. En EE. UU. la de Seattle fue calificada como de segunda clase. La Feria Mundial de Nueva York no fue siquiera reconocida.

He aquí algunos datos impresionantes de la “Expo 67”. Tiene una extensión de 1.000 acres, contra sólo 646 de la de Nueva York, 500 la de Bruselas y 74 la de Seattle. Hay 70 naciones que participan en ella, contra 42 de Bruselas, 23 de Seattle y 13 de Nueva York.

El tema de la del Canadá, que como saben nuestros lectores se halla localizada en Montreal, la parte correspondiente al antiguo Canadá francés, es “El hombre y su Mundo” y proclama al hombre en acción a través de todos los pabellones llenos de un explosivo optimismo, que se refleja en las realizaciones que se presentan ante los visitantes y en las que se proyectan para un futuro aún más esplendente. De unos a otros se viaja en un “expo Express” que puede transportar hasta 30.000 personas por hora y descargarlas en restaurantes, bares, centros de entretenimiento, todo ello colocado convenientemente para que no haya aglomeraciones molestas. Las visitas se facilitan por un sistema electrónico, que anuncia en grandes pizarras la longitud a que alcanzan las colas en cada momento ante los diferentes pabellones y el tiempo de espera que suponen.

El “Habitat 67” (visible en una de nuestras fotos) es un amontonamiento de casas, aparentemente deforme e incómodo, pero que supone un concepto revolucionario de la futura urbanización

con las ventajas de la vida independiente en el campo. Su aspecto le asemeja a un montón de cubos en forma de pirámide o a una colmena con sus 158 habitaciones. Habitaciones que suponen no un solo cuarto sino varios, con cocina, servicios, etc. Todos los elementos prefabricados de que constan se ensamblan al pie y luego eran izados a su lugar correspondiente. Pasará a la historia como un verdadero alarde arquitectónico.

El pabellón de EE. UU. llamado “Skybreak bubble” es una gigantesca cúpula hecha de una verdadera filigrana de metal y plástico, que brilla como la plata al sol. Desde su interior es desde donde se puede gozar de la mejor vista de conjunto de toda la exposición. Frente a él, y al otro lado del río San Lorenzo, los Soviets han levantado el suyo, muy diverso al austero que hicieron en Bruselas.

El pabellón que constituye un mayor avance, no arquitectural pero sí ideológico, es el llamado “Christian Pavilion”, “Pabellón Cristiano” en el que se muestran unidas en un espíritu muy postconciliar las diversas confesiones cristianas. Esta magnífica manera de aparecer ante todos los visitantes fue fruto de una reunión que celebraron hace dos años el Cardenal Léger y los Obispos ortodoxos y anglicanos que representaban respectivamente a Católicos, Uniatos, Presbiterianos, Bautistas y Luteranos. De ella fue que salió una declaración conjunta en la que decidían unirse en un solo pabellón y así “expresar su amor hacia sus hermanos los hombres repartidos por todo el mundo, para suavizar sus ansiedades y cumplir la expectación de nuestro siglo a través de una predicación común del Evangelio”.

Contrastando con el brillante colorido de los otros pabellones, este se presenta revestido de un austero color blanco y negro, incluso en su bandera, con una estructura un tanto extraña, a la que se pasa por un jardín muy preparado en el que se ha levantado una gran cruz en forma de Tau. Todo ello se halla dispuesto para llegar a hacer mella en la psicología del hombre de hoy.